



:: [portada](#) :: [Economía](#) ::

05-11-2019

La locura de las finanzas internacionales

Juan Torres López

Ganas de escribir

Hace justo un mes, el Baco Internacional de Pagos publicó la Encuesta que desde 1986 viene realizando cada tres años sobre la magnitud del comercio de divisas, de sus productos derivados y de los llamados derivados de tipos de interés extrabursátiles ([aquí](#)). Sus resultados son una muestra más de la locura gigantesca en que se han convertido los mercados financieros y del daño que hacen al bienestar humano en nuestro planeta.

Para entenderlos hace falta conocer mínimamente algunos conceptos.

Las divisas son las diferentes monedas nacionales que sirven para realizar los pagos internacionales y se supone que su volumen en circulación debería ser más o menos proporcional al del comercio internacional para el que se utilizan.

Los derivados son productos financieros cuyo valor depende de otro previo. Por ejemplo, un seguro sobre la evolución de la cotización del dólar sería un derivado de esa divisa. Y los derivados de tipos de interés a los que se refiere la Encuesta son productos financieros cuyo precio depende del tipo de interés que tenga otro activo previo que se intercambia en los mercados monetarios. Pueden ser de diferente tipo, pero los principales son los que se contratan como permutas o swap (60% del total) o como forward o acuerdos sobre tipos de interés futuros (30% del total)

Un swap (en su versión más simple, pues se puede complicar extraordinariamente) es un contrato por el cual dos partes se comprometen a permutar dos cantidades de dinero entre sí en una determinada fecha futura. Y un swap de tipo de interés es el que tiene a este último como referencia. En este caso, la permuta se produce entre la parte que está comprometida a pagar a la otra a un tipo fijo preestablecido, y la que pagará a la primera en función de un tipo variable.

El acuerdo sobre tipos de interés futuros (forward) es un contrato por el cual las partes que lo suscriben acuerdan, en el momento de suscribirlo, el tipo de interés que se va a pagar en una operación financiera cuyo vencimiento se producirá en una fecha futura determinada. Si cuando venza el contrato el tipo de interés supera al acordado, el vendedor paga al comprador la diferencia, y viceversa.

Teóricamente, tanto los swaps como los forwards se utilizan para cubrir el riesgo que llevan consigo la incertidumbre y los cambios en los tipos de interés cuando se han contratado préstamos



o créditos y serían, por tanto, un instrumento útil. Pero lo cierto es que su uso conlleva un riesgo financiero muy grande y muchos daños. Primero, porque en su gran mayoría se utilizan (como han hecho los bancos españoles en los últimos años) con ventajas asimétricas entre las partes y provocando pérdidas millonarias a la más débil. Segundo, porque se suelen realizar como operaciones al margen del control de las autoridades monetarias (las llamadas OTC, over the counter que no están reguladas). Y, sobre todo, porque una gran parte están vinculados a las llamadas permutas de incumplimiento crediticio (credit default swap o CDS en inglés). Un producto financiero que el financiero Warren Buffett calificó como "arma de destrucción masiva" con toda la razón. Con ellas se permite asegurar lo que no se tiene, de modo que resulta rentable provocar el incumplimiento, la suspensión de pagos o la ruina del deudor para cobrar lo acordado. Si puedo «asegurar» (mediante un CDS) la casa de mi vecino y cobrar si arde, no me importará quemarla; y si he «asegurado» (con otro CDS) el valor de los bonos del Estado español, no me importará provocar el hundimiento de su economía si voy a cobrar una prima cuando se venga abajo.

La posibilidad de rentabilizar tan fácilmente estos productos financieros y el hecho de que este tipo de contratos se puedan realizar hoy día en milésimas de segundo es lo que ha propiciado que los derivados sobre divisas y tipos de interés no se dediquen realmente a dar mayor seguridad a las economías sino a todo lo contrario. Son instrumentos puramente especulativos que no cubren frente al riesgo sino que lo aumentan y extienden al conjunto de la economía.

Y lo que viene a demostrar la última encuesta del Banco Internacional de Pagos es que la locura en que se han convertido las finanzas internacionales crece sin cesar.

Según la Encuesta, la media de los intercambios diarios llevados a cabo en los mercados de divisas mundiales en el mes de abril de 2019 fue de 6,6 billones de dólares (millones de millones). Teniendo en cuenta que suele haber unos 250 días laborales al año, eso quiere decir que el volumen total del intercambio de divisas mundial en 2019 será más o menos de 1.650 billones de dólares. Y lo que es todavía más sorprendente es que en tan solo tres años ese comercio de divisas y sus derivados se haya incrementado en 1,5 billones de dólares diarios. Algo completamente desproporcionado con los movimientos registrados por la economía real, pues el volumen del comercio de divisas es unas 21 veces más que el PIB mundial y 65 más que el del comercio internacional de bienes y servicios.

Y algo parecido puede decirse del intercambio extrabursátil de derivados de tasas de interés. Su volumen medio diario en abril de 2019 fue de 6,5 billones dólares, frente a los 2,67 billones de 2016.

Eso demuestra que lo que crece y se multiplica sin cesar en la economía mundial son las finanzas inútiles, el papel que opera sobre el papel; y, por tanto, que el dinero y los recursos se dedican preferentemente a la especulación que no tiene nada que ver con la actividad productiva que satisface necesidades humanas. Pero que, eso sí, desestabiliza y arruina a las empresas y a los consumidores. Las finanzas internacionales viven de y para la locura de la especulación financiera.



Pero ni siquiera eso es lo peor. Todas esas operaciones a las que hace referencia la Encuesta del Banco Internacional de Pagos -por un valor anual conjunto de unos 3.750 billones de dólares- no están sujetas a ningún tipo de imposición.

Demos por aceptable que todas ellas fueran necesarias para el buen funcionamiento de la economía (lo cual es desde luego mucho suponer) y que no se debieran prohibir (que es lo que posiblemente habría que hacer). Si tenemos en cuenta que el gasto público mundial, el de todos los gobiernos del planeta, es de unos 30 billones de dólares anuales, resulta que con una sola tasa del 0,8% (80 céntimos de dólar por cada 100 dólares de los intercambios que cuantifica el Banco Internacional de Pagos) sería suficiente para financiarlo eliminando todos los demás impuestos que hay en todo el mundo.

Es evidente que eso sería técnicamente imposible hoy día, porque se ha permitido que la inmensa mayoría de ese tipo de operaciones queden precisamente fuera del control de las autoridades y porque quizá no tengamos todavía la tecnología que permita gravarlas. Pero es completamente ingenuo creer que eso no será posible a poco que se desee y en un plazo de tiempo realmente corto. A poco que se desee, se podrían ir estableciendo tasas que poco a poco fuesen gravando todo ese tipo de operaciones improductivas y peligrosas. Y así se podría disponer de todos los recursos precisos para satisfacer todas las necesidades de la población mundial y de la naturaleza que estamos destruyendo.

La mala noticia es que el loco desarrollo de las finanzas internacionales ha convertido a la economía mundial, como dijo el Premio Nobel de Economía Maurice Allais, en «un amplio casino». Pero la buena es que sabemos cómo se podría acabar con la locura para que el mundo funcionara de modo más justo, saludable, sostenible y pacífico. Faltan voluntad política y democracia y sobra avaricia.

Fuente: <http://www.juantorreslopez.com/la-locura-de-las-finanzas-internacionales/>